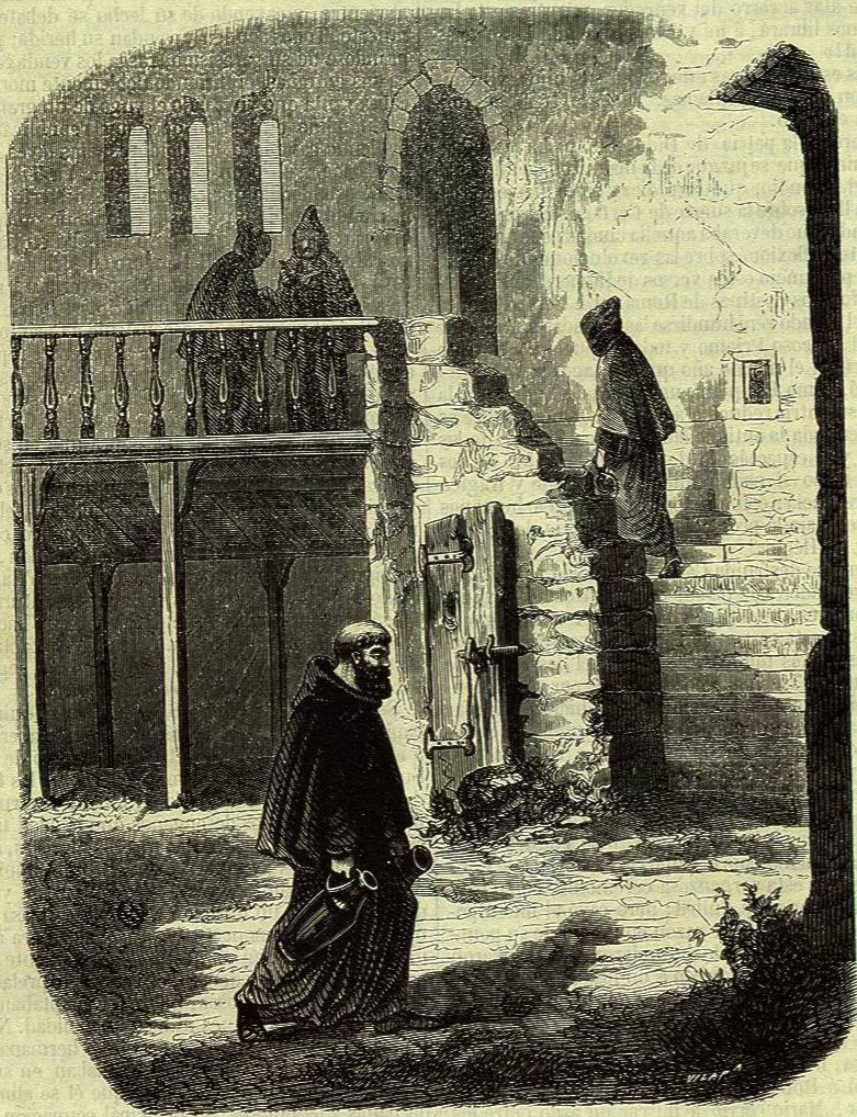


ban muerte á sus prisioneros en derredor de ella. Dejando los cadáveres espuestos al sol, encargaban, por decirlo así, al viento el cuidado de llevar la peste á los lugares donde su furor no habia podido saciarse. El Africa se llenó de espanto al ver aquella raza de hombres, gigantes medio desnudos, que convertian los pueblos vencidos en una especie de acémilas, los

conducían cual rebaños, y los degollaban cuando se cansaban de ellos.

Genserico estableció en Cartago la capital de su imperio; y en verdad era digno de acaudillar los bárbaros que Dios le habia sometido. Era un príncipe sombrío, sujeto á accesos de la mas negra melancolia, y que parecia grande en el naufragio universal del mundo cí-



CONVENTO DE LOS PADRES LATINOS EN JERUSALÉM.

vilizado, porque estaba encaramado sobre sus ruinas.

Aunque abrumada de calamidades, la ciudad de Dido debia gozar del placer de una postrera venganza. Genserico atravesó el mar y se apoderó de Roma, que entregó á la rapacidad de sus soldados por espacio de catorce dias con sus noches. Reembarcóse luego; y la flota de este nuevo Anibal llevó á Cartago los despojos de Roma, bien así como la flota de Escipion habia llevado á Roma los despojos de Cartago. Todas las naves de Genserico, dice Procopio, llegaron felizmente

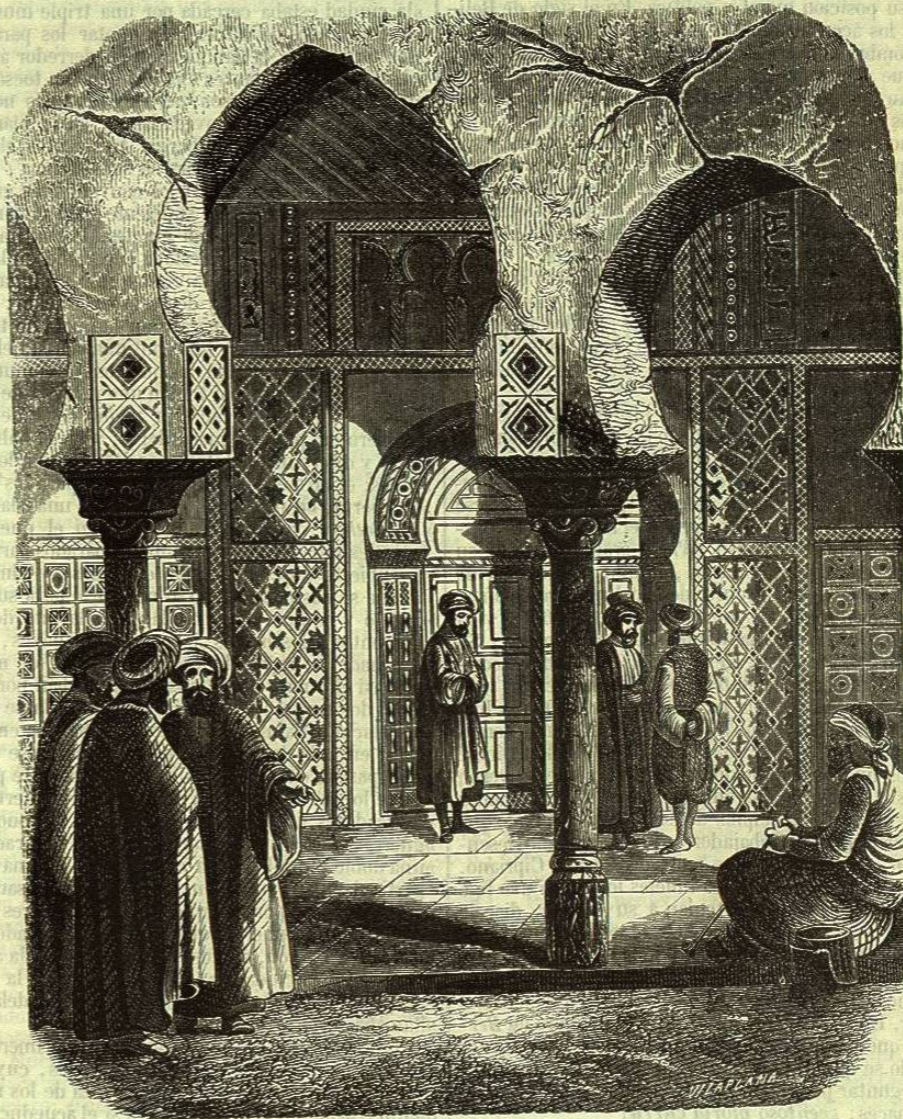
á Africa, escepto la que conducia los dioses. Sólidamente establecido en su nuevo imperio, Genserico salia de él todos los años para saquear la Italia, la Sicilia, la Iliria y la Grecia. Los ciegos conquistadores de aquella época sentian en su interior que nada podian por sí mismos, y que no eran sino los pasivos instrumentos de un decreto providencial. De aquí procedian los nombres que se daban de *Azote de Dios*, de *Destructor de la especie humana*; de aquí nacia aquel frenético prurito de destruccion de que se sentian atormentados, y

aquella insaciable sed de sangre; de aquí aquella estrana combinacion de todas las cosas para su triunfo: las bajezas, la cobardia, la falta de virtudes, de talentos, de genio: estaba escrito que nada suscitase obstáculos al cumplimiento de los decretos del cielo. La flota de Genserico estaba próxima á darse á la vela, y sus soldados se hallaban á bordo: ¿A dónde se dirigia? Lo ignoraba. «¡Príncipe! le preguntó el piloto, ¿qué pueblos vas á atacar?—Los que Dios mira ahora en su cólera,» respondió el bárbaro.

Genserico murió treinta y nueve años despues de haber tomado á Cartago, única ciudad de Africa cuyos muros no destruyó. Tuvo por sucesor á Honórico, uno de sus hijos.

Despues de un reinado de ocho años, Honórico fue reemplazado en el trono por su primo Gondamundo, que empuñó el cetro trece años, y dejó la corona á su hermano Trasamundo.

El reinado de este fue en totalidad de veinte y siete años. Ilderico, hijo de Honórico y nieto de Genserico,



ENTRADA DE LA GRAN MEZQUITA.

heredó el reino de Cartago. Gelimero, pariente de Ilderico, conspiró contra él y lo encarceló. El emperador Justiniano tomó la defensa del monarca destronado, y Belisario pasó á Africa. Gelimero no opuso resistencia, por lo cual el general romano entró vencedor en Cartago, y se dirigió al palacio donde, por un capricho de la fortuna, comió los manjares que habian sido

preparados para Gelimero, y que le fueron servidos por los oficiales de este príncipe. Nada habia cambiado en la corte, escepto el rey; lo que significa muy poco cuando se ha dejado de ser feliz.

Por lo demás, Belisario era digno de sus victorias, pues era uno de esos hombres que se muestran á largos plazos en los dias en que triunfa el vicio, para

oponerse al derecho de proscripción fulminado contra la virtud. Por desgracia, esas almas superiores que brillan en medio de la bajeza, no producen revolución alguna; porque no están enlazadas con los negocios humanos de su tiempo; que estrañas y aisladas en el presente, no pueden ejercer influencia alguna en el porvenir. El mundo rueda sobre ellos sin arrastrarlas en su curso; mas tampoco pueden detener al mundo. Para que las almas de elevado temple sean útiles á la sociedad, es preciso que nazcan en un pueblo que conserve el amor al orden, á la religión y á las costumbres, y cuyo genio y carácter se hallen en consonancia con su posición moral y política. En el siglo de Belisario los acontecimientos eran grandes, y pequeños los hombres. Por esta causa los anales de ese siglo, aunque llenos de terribles catástrofes, nos irritan y cansan, pues no buscamos en la historia las revoluciones que avasallan y abruma á los hombres, sino los hombres que subyugan las revoluciones, y son mas poderosos que la fortuna. El universo, radicalmente trastornado por los bárbaros, solo nos inspira horror y desprecio, al paso que nos ocupamos eterna y justamente de una insignificante discordia de Esparta y Atenas, en un oscuro rincón de la Grecia.

Gelimer, prisionero en Constantinopla, sirvió al triunfo de Belisario. Poco despues este monarca se hizo labrador. En igualdad de casos, la filosofía puede consolar á un hombre adocenado; pero contribuye á aumentar las amarguras de un corazón verdaderamente régio.

Sabido es que Justiniano no hizo arrancar los ojos á Belisario, lo que despues de todo, seria un acontecimiento harto pequeño en la gran historia de la ingratitud humana. Por lo que atañe á Cartago, esta vió salir de sus murallas á un príncipe para ir á sentarse en el trono de los Césares; fue aquel Heraclio que destruyó al tirano Focas. En 647 los árabes hicieron su primera expedición á África, la que fue seguida de otras cuatro en el trascurso de igual número de años. Cartago sucumbió al yugo musulmán en 696, y la mayor parte de sus habitantes huyó á España y Sicilia. El patricio Juan, general del emperador Leoncio, ocupó la ciudad en 697; pero los sarracenos volvieron á entrar en ella para siempre en 698; la hija de Tiro fue presa de los hijos de Ismael, siendo tomada por Hassan, en el califato de Abd-el Melike. Dicese que los nuevos dominadores de Cartago destruyeron hasta sus cimientos. Sin embargo, existian aun grandes ruinas de ella á principios del siglo noveno, dado que sea cierto que los embajadores de Carlomagno descubriesen en ellas los restos mortales de San Cipriano. A fines del mismo siglo, los infieles formaron una liga contra los cristianos, y tenían á su cabeza, dice la historia, á los *Sarracenos de Cartago*. Veremos tambien que San Luis halló una ciudad naciente en las ruinas de esta antigua ciudad. Sea lo que fuere, en la actualidad no presenta sino los restos de que vamos á hablar. En el país se la conoce con el nombre de *Bersach*, que parece una corruptela de la palabra *Birsa*. Cuando se quiere ir desde Túnez á Cartago, es preciso preguntar por la torre de Almenara, ó la torre de Mastinaces: *¡ventoso gloria curru!*

Es bastante difícil comprender bien, segun la descripción de los historiadores, el plano de la antigua Cartago. Polibio y Tito-Livio habian hablado sin duda muy someramente del sitio de esta ciudad, pero no poseyendo ya sus narraciones, nos vemos precisados á recurrir á los abreviadores latinos, como Floro y Velejo Patérculo, que no se detienen en detallar los lugares. Los geógrafos posteriores no conocieron sino la Cartago romana. La autoridad mas completa en este particular es la del griego Apiano, que florecia cerca de tres siglos despues de los hechos, y cuyo estilo declamatorio carece de exactitud y claridad. Rollin, que lo sigue, mezclando acaso inoportunamente la auto-

ridad de Estrabon, me evitará el trabajo de una traducción. Oigámosle:

«Estaba situada en el fondo de un golfo, rodeada de mar, en forma de península, cuyo cuello, esto es, el istmo que la unia con el continente, era de una legua y cuarto (veinte y cinco estadios). Hacia el Occidente salia una larga punta de tierra, de cerca de doce toesas de ancho (medio estadio), que interponiéndose en el mar la separaba de la laguna, y estaba rodeada por todas partes de peñascos y de una simple muralla. Por la parte del Mediodia y del continente, donde descollaba la ciudadela llamada *Birsa*, la ciudad estaba cercada por una triple muralla, de treinta codos de altura, sin contar los parapetos y las torres que la flanqueaban en derredor á iguales distancias, y distantes entre sí ochenta toesas. Cada torre tenia cuatro pisos, pero las murallas no tenían sino dos; estaban abovedadas, y en la planta baja habia estables para albergar trescientos elefantes, con todo lo necesario para su subsistencia, y cuadras para cuatro mil caballos y los convenientes graneros. Habia tambien espacio suficiente para alojar veinte mil infantes y cuatro mil ginetes. Por último, todo este aparato de guerra estaba encerrado en las solas murallas. No habia en la ciudad sino un lugar cuyos muros fuesen débiles y de escasa elevación: un ángulo olvidado que empezaba en la punta de tierra de que hemos hablado, y que continuaba hasta el puerto situado al ocaso. Habia dos puertos que comunicaban entre sí, pero que solo tenían una entrada de setenta pies de ancho, cerrada por medio de cadenas: el primero era para los mercaderes, y en él habia muchas y diferentes habitaciones destinadas á los marineros; el otro era el puerto interior, para los buques de guerra, en medio del cual se veia una isla llamada *Cothon*, rodeada, como tambien el puerto, de grandes muelles con aposentos separados para poner á cubierto doscientos veinte bajeles, y almacenes donde se custodiaba todo lo necesario para su armamento y equipo. La entrada de cada uno de estos aposentos, destinados á guardar las naves, estaba adornada de mármol de órden jónico, de manera, que asi el puerto como la isla presentaban por ambos lados dos magnificas galerías. En esta isla se hallaba el palacio del almirante; y como se hallaba en frente de la entrada del puerto, podia descubrirse todo lo que pasaba en el mar, sin que desde este pudiese verse lo que se hacia en el interior del puerto. Los mercaderes no tenían vista alguna á los buques de guerra, pues los dos puertos estaban separados por una doble muralla, y en cada uno habia una puerta particular para entrar en la ciudad sin pasar por el otro. Pueden, por lo tanto, distinguirse tres partes en Cartago: el puerto, que era doble, llamado algunas veces *Cothon*, á causa de la pequeña isla asi denominada; la ciudadela, llamada *Birsa*, y la ciudad propiamente dicha, que rodeaba la ciudadela y se llamaba *Megara*.»

Probablemente no quedaron de esta primera ciudad sino las cisternas públicas y privadas, cuya sorprendente hermosura da una gran idea de los monumentos cartagineses; pero ignoro si el acueducto que conducia el agua hasta ellas debe ser atribuido á la segunda Cartago. Me fundo, para creer en la completa destrucción de la ciudad de Dido, en este pasaje de Floro:

«*Quanta urbs deleta sit, ut de cæteris taceam, vel ignium mora probari potest. Quippe per continuos XVII dies vix potuit incendium extinguere, quod domibus ac templis suis sponte hostes immiserant; ut quatenus urbs eripi Romanis non poterat, triumphus arderet.*»

Apiano añade que lo que se libertó de las llamas fue demolido por mandato del Senado romano. Ro-

ma, dice Velejo Patérculo, ya señora del mundo, no se juzgaba segura mientras subsistiese el nombre de Cartago: «*Si nomen usquam maneret Carthaginiis.*»

Estrabon, en su descripción concisa y clara, mezcla evidentemente diferentes partes de la antigua y la nueva ciudad, diciendo:

«Cartago rodeada por todas partes de murallas, ocupa una península de trescientos estadios de circunferencia, que ha unido á la tierra firme por medio de un istmo de sesenta estadios de ancho. En medio de la ciudad se elevaba una colina sobre la cual estaba construida una ciudadela llamada *Birsa*, y en su remate se veia un templo consagrado á Esculapio; la pendiente de la colina estaba cubierta de casas. Los puertos están al pié de *Birsa*, como asimismo la pequeña isla redonda llamada *Cothon*, en cuyo derredor las naves forman un círculo.»

Por lo que respecta á la palabra *Karchédon* del original, observo con algunos autores que, segun Samuel Bochart, el nombre fenicio de Cartago era *Cartha-Hadath* ó *Cartha-Hadtha*, esto es, la nueva ciudad. Los griegos hicieron de esta palabra *Karchédon*, y los romanos *Cartago*. Los nombres de las tres partes de la ciudad estaban tambien tomados del fenicio: *Magara* de *magar*, almacén; *Birsa* de *borsa*, fortaleza; y *Cothon* de *ratoun*, cortadura, porque no está bien averiguado que el *Cothon* fuese una isla.

Segun Estrabon, no sabemos de Cartago sino que habia llegado á ser una de las mas vastas y hermosas ciudades del mundo Plinio, no obstante, se limita á decir: *Colonia Carthago, magna in vestigiis Carthaginis*. Pomponio Mela, antes de Plinio, no se muestra mucho mas favorable: *Jam quidem iterum opulenta, etiam nunc tamen priorum eccidit rerum, quam ope presentium clarior*; pero Solin dice: *Alterum post urbem Romam terrarum decus*. Otros autores la apellidan la *Grande* y la *Feliz*: *Carthago magna, felicitate reverenda*.

La nueva Cartago sufrió un incendio bajo el reinado de Marco-Aurelio, pues vemos á este príncipe ocupado en reparar los desastres de la colonia.

Cómodo, que estacionó una flota en Cartago, destinada á conducir á Roma los cereales del África, quiso mudar el nombre de Cartago en el de *Ciudad Commodiana*. Pero esta vaciedad del indigno hijo de un gran hombre, cayó en breve en justo olvido.

Los dos Gordios, que habian sido proclamados emperadores en África, hicieron de Cartago la capital del mundo durante su efímero reinado; parece, no obstante, que los cartagineses se manifestaron poco agradecidos, porque, segun Capitolino, se sublevaron contra los Gordios en favor de Capelio; y Zosimo añade que reconocieron por su señor á Sabiniano, mientras el jóven Gordio sucedia en Roma á Balbino y á Máximo. Aun cuando creyésemos, segun Zonaro, que Cartago fue favorable á los Gordios, estos emperadores no hubieran tenido tiempo bastante para hermosear mucho esta ciudad.

Muchas inscripciones traducidas por el sabio doctor Shaw prueban que Adriano, Aureliano y Séptimo Severo, erigieron monumentos en diferentes ciudades del Bizacio; y no es de suponer que despreciaran la capital de tan rica provincia.

El tirano Majencio llevó el fuego y el hierro á África, y triunfó de Cartago como de la antigua enemiga de Roma. No es posible ver sin estremecerse esa larga serie de insensatos que han gobernado el mundo, casi sin interrupción, desde Tiberio hasta Constantino, y que despues de este príncipe, van á unirse á los monstruos de la Bizantina. Los pueblos no valen mas que los reyes; parece que existia entre las naciones y los soberanos un espantoso convenio: estos, para atreverse á todo, aquellas, para sufrirlo todo.

Así, lo que sabemos de los monumentos de Car-

tago en los siglos que acabamos de recorrer, se reduce á muy poco, pues solo vemos por los escritos de Tertuliano, San Cipriano, Lactancio y San Agustín; por los cánones de los concilios de Cartago, y por las *Actas de los Mártires*, que en Cartago habia anfiteatros, teatros, baños y pórticos. La ciudad nunca estuvo bien fortificada; puesto que Gordio el Mayor no pudo defenderla; y mucho despues Genserico y Belisario entraron en ella sin dificultad.

Poseo muchas monedas de reyes vándalos, que prueban que las artes estaban enteramente perdidas en el reinado de estos monarcas; no es probable, pues, que Cartago debiese belleza alguna á sus nuevos dominadores. Lejos de ser así, sabemos que Genserico demolió las iglesias y los teatros, y que todos los monumentos paganos fueron destruidos por su mandato: citanse entre otros, el templo de Minerva y la calle consagrada á la diosa Celeste, adornada de soberbios edificios.

Justiniano, despues de haber arrancado á Cartago del poder de los vándalos, hizo construir pórticos, termas, iglesias y monasterios, como se ve en el libro intitulado *De los Edificios*, de Procopio. Este historiador habla tambien de una iglesia fundada por los cartagineses á orillas del mar, en honor de San Cipriano. Hé aqui lo que he podido recoger en lo tocante á los monumentos de una ciudad que tan alto puesto ocupa en la historia; hablemos ahora de sus ruinas.

Habiendo llegado á Túnez el bajel en que habia zarpado de Alejandria, anclamos en frente de las ruinas de Cartago, que yo miraba sin poder adivinar lo que eran; descubria algunas cabañas moriscas, una ermita musulmana en la estremidad de un cabo muy saliente, y algunas ovejas que pacian entre unas ruinas, tan poco marcadas que apenas las distinguia del suelo: ¡aquellas ruinas eran Cartago!

De victa Carthaginis arces
Procubere; jacent infausto in litto e turres
Eversæ. Quantum illa metus, quantum illa laborum
Urbs dedit insultans Latio et Laurentibus arvis!
Nunc passim, vix reliquias, vix nomina servans.
Obruitur, propriis non agnoscenda ruinis.

«Los muros de Cartago vencida y sus torres derribadas yacen diseminadas en la funesta orilla. ¡Cuánto temor inspiró en otro tiempo esta ciudad á Roma! ¡Cuántos esfuerzos le costó, cuando insultaba al Lacio y á los campos de Laurento! Ahora apenas se descubren sus restos; apenas conserva su nombre, y no puede ser reconocida por sus propias ruinas.»

Para no perderse en ellas, es forzoso seguir una marcha metódica. Supongo, pues, que el lector sale conmigo del fuerte de la Goleta, el cual como es sabido y he dicho, está situado en el canal por donde el lago de Túnez se une al mar. Cabalgando á lo largo de la playa, en la dirección Este-Nordeste, se hallan, despues de media hora de camino, unas salinas que suben hácia el Oeste, hasta un lienzo de muralla bastante inmediato á las grandes cisternas. Pasando entre las salinas y el mar, empíezase á descubrir unos diques que se internan á bastante distancia en las olas. El mar y los diques quedan á la derecha; y á la izquierda se descubren muchas ruinas sobre unas eminencias desiguales; al pié de estas ruinas hay un estanque circular, bastante profundo, que comunicaba antiguamente con el mar, por medio de un canal cuyas señales se ven todavia. Este estanque debe ser, en mi opinión, el *Cothon*, ó puerto interior de Cartago. Los restos de los inmensos trabajos que se descubren en el mar indicarian en este caso el muelle exterior. Páreceme tambien que se pueden descubrir algunos indicios de la calzada que Escipion hizo construir á fin de obstruir el puerto. He advertido tam-

bien un segundo canal interior, que será, si se quiere, la cortadura practicada por los cartagineses, cuando abrieron otra salida á su flota.

Este parecer es directamente opuesto al del doctor Shaw, que sitúa el antiguo puerto de Cartago al Norte y Noroeste de la península, en la laguna llamada *El-Mersa*, ó el Havre. Supone que este puerto ha sido cerrado por los vientos del Nordeste y por el cieno del Bagrada. D'Anville, en su *Geografía antigua*, y Belidor en su *Arquitectura hidráulica*, han adoptado esta opinión, y los viajeros se han sometido á estas respetables autoridades. Ignoro cual es acerca del particular el dictamen del sabio italiano cuya obra no he visto.

Confieso que me causa timidez el tener que impugnar á hombres de mérito tan superior como Shaw y D'Anville, pues uno había visto los lugares, y el otro los había adivinado, si así puede decirse. No obstante, me alienta una circunstancia: Mr. Humbert, ingeniero en jefe en la Goleta, hombre muy instruido, y que ha mucho tiempo que reside en medio de las ruinas de Cartago, desecha absolutamente la hipótesis del sabio inglés. Es cierto que debemos desconfiar de esos pretendidos cambios de lugares, de esos accidentes locales, por cuyo medio se explican las dificultades de un plano que no se entiende. No sé, pues, si el Bagrada ha podido cerrar el antiguo puerto de Cartago, como supone el doctor Shaw, y causar en la playa de Útica todas las revoluciones que señala. La parte alta del terreno al Norte y Noroeste del istmo de Cartago no tiene, ya sea á lo largo del mar, ya en el *El-Mersa*, la menor sinuosidad que pudiese servir de abrigo á un bajel. Para hallar el Cothon en esta situación, es preciso recurrir á una especie de agujero que en opinión de Shaw no ocupa cien varas cuadradas. Lo contrario sucede en el mar que mira al Mediodía, pues se encuentran largas calzadas; bóvedas que pueden haber sido los almacenes, y aun los albergues de las galeras; se ven canales abiertos artificialmente; un estanque interior bastante espacioso para contener las barcas de los antiguos, y en medio de él una isleta.

La historia acude en mi auxilio. Escipion el Africano estaba ocupado en fortificar á Túnez cuando vió los bajeles que salían de Cartago para atacar la flota romana en Útica, (*Tito Livio*, lib. X). Si el puerto de Cartago hubiese estado al Norte, al otro lado del istmo, Escipion no hubiera podido descubrir las galeras de los cartagineses, porque la tierra oculta en esta parte el golfo de Útica. Pero suponiendo el puerto colocado al Sudeste, Escipion vió y debió ver aparejar los enemigos.

Cuando Escipion el Emiliano se propuso cerrar el puerto exterior, hizo empezar el dique en la punta del cabo de Cartago, (*App.*) Pero este cabo está al Oriente, sobre la misma bahía de Túnez. Apiano añade que esta punta de tierra estaba inmediata al puerto, lo que es verdad si este se hallaba al Sudeste, lo que es falso si se hallaba al Nordeste. Suponer una calzada desde la punta mas larga del istmo de Cartago, con objeto de encerrar al Noroeste lo que se llama el *El-Mersa*, es una hipótesis absurda.

Por último, despues de haber tomado el Cothon, Escipion atacó á *Birsa*, ó la ciudadela (*Apiano*); el Cothon estaba sobre la ciudadela; por consiguiente, esta se hallaba construida sobre la mas alta colina de Cartago; colina que se ve entre el Mediodía y el Oriente. El Cothon, situado al Noroeste, hubiérase hallado á larga distancia, mientras que el estanque que indico está precisamente al pié de la colina del Sudeste.

Si me estiendo sobre el particular mas de lo necesario á muchos lectores, hay tambien otros muchos que se toman un vivo interés en los recuerdos históricos, y que no buscan en una obra sino hechos y conocimientos positivos. ¿No es cosa estraña que en

una ciudad tan famosa como Cartago sea preciso buscar hasta el sitio de sus puertos, y que lo que constituyó su gloria principal, sea precisamente lo mas olvidado?

Shaw me parece mas feliz cuando habla del puerto de que hace mencion el primer libro de la *Eneida*. Algunos sabios han creído que este puerto era una creacion del poeta; otros han creído que Virgilio se había propuesto representar ó el puerto de Itaca ó el de Cartagena, ó la bahía de Nápoles; pero el cantor de Dido, que era harto escrupuloso en lo relativo á la pintura de los lugares para permitirse semejante licencia, ha descrito con la mayor exactitud un puerto situado á alguna distancia de Cartago. Oigamos á Shaw:

«El *Arvah-Reah*, la Aquilaria de los antiguos, está á dos leguas al Este-Noroeste de Seely-Doude, un poco al Mediodía del promontorio de Mercurio; allí desembarcó Curion las tropas que luego fueron derrotadas por Saburra. Hay allí diferentes restos de antigüedades, pero ninguna es digna de atencion. La montaña situada entre la orilla del mar y la población, donde no tiene sino media milla de distancia, está á veinte ó treinta piés sobre el nivel del mar, muy artísticamente tallada, y taladrada en algunos parajes para hacer entrar el aire en las bóvedas que en ella se han practicado; aun se ven en estas bóvedas, á convenientes distancias, unas gruesas columnas y arcos para sostener la montaña. Allí están las canteras de que habla Estrabon, y de donde los habitantes de Cartago, de Útica y de otras muchas ciudades inmediatas podían sacar piedras para sus edificios; y como la parte exterior de la montaña está enteramente cubierta de árboles; como la entrada de las bóvedas mira al mar, y hay un enorme peñasco á cada lado de esta abertura, en frente de la cual se halla la isla de Egimuro; y como además se encuentran algunos manantiales que brotan del peñasco, y localidades convenientes para los trabajadores, casi no puede dudarse, al ver que las circunstancias coinciden tan exactamente, que aquella sea la caverna que Virgilio coloca en alguna parte del golfo, y cuya descripción hace en los versos siguientes, aunque hay comentadores que han creído que esto es una mera ficción del poeta:

Est in secessu longo locis: insula portum
Efficit objectu laterum; quibus omnis ab alto
Frangitur, inque sinus scindit sese unda reductos.
Hinc atque hinc vastæ rupes, geminique minantur
In cælum scopuli, quorum sub vertice late
Æquora tuta silent: tum sylvæ scena coruscis
Desuper, horrentique atrum nemus imminet umbra.
Fronte sub adversa, scopulis pendentibus antrum;
Intus aque dulces, vivoque sedilia saxo;
Nympharum domus, etc.

(Virg., *Eneid.*, lib. 1, v. 155-168.)

Una vez conocidos los puertos, lo restante nos ocupará poco tiempo. Supongo que hemos continuado nuestro camino á lo largo del mar hasta el ángulo de donde arranca el promontorio de Cartago. Este cabo, segun el doctor Shaw, nunca fue comprendido en la ciudad. Ahora nos alejamos del mar, y volviendo á la izquierda, recorremos al dirigimos á Mediodía las ruinas de la ciudad, esparcidas en el anfiteatro formado por las colinas.

Primero hallamos los vestigios de un vastísimo edificio, que parece haber formado parte de un palacio y de un teatro. Sobre este edificio, y subiendo hácia Poniente, se llega á las hermosas cisternas que pasan generalmente como los únicos restos de Cartago; acaso reciben las aguas de un acueducto cuyos fragmentos se ven en el campo. Este acueducto recorría un espacio de cincuenta millas, y se dirigía á los manantiales del Zawan y de Zungar. Había algunos templos sobre estos manantiales; los arcos mayores del

acueducto tienen setenta piés de elevacion, y sus machones presentan diez y seis en cada costado. Las cisternas son inmensas, y forman una serie de bóvedas que nacen unas en otras, y están rodeadas en toda su longitud por un corredor; es en verdad una obra magnífica.

Para ir desde las cisternas públicas á la colina de *Birsa* se atraviesa un áspero camino. Hallanse al pié de la colina un cementerio y una miserable poblacion, que es acaso el *Tents* de lady Montagne. Los *albergues de los elefantes* de que esta hace mencion, son unos subterráneos que nada ofrecen de particular. La cima del Acrópolis presenta un terreno llano, lleno de pequeños trozos de mármol, y que es indudablemente el área de un palacio ó de un templo. Si nos inclinamos á lo primero, será el palacio de Dido; si á lo segundo, deberemos reconocer el templo de Esculapio. Allí se precipitaron en las llamas dos mujeres: la una para no sobrevivir á su deshonra, la otra para no sobrevivir á su patria.

Soleil, dont les regards embrassent l'univers,
Reine des dieux, témoin de mes affreux revers,
Triple Hécaté, pour qui dans l'horreur des ténèbres
Relentissent les airs de hurlements funèbres;
Pâles filles du Styx, vous tous, lugubres dieux,
Dieux de Didon mourante, écoutez tous mes vœux!
S'il faut qu'enfin ce monstre, échappant au naufrage,
Soit poussé dans le port, jeté sur le rivage;
Si c'est l'arrêt du sort, la volonté des cieux,
Que du moins assailli d'un peuple audacieux,
Errant dans les climats ou son destin l'exile,
Implorant des secours, mendiant un asile,
Redemandant son fils arraché de ses bras,
De ses plus chers amis il pleure le trépas!...
Qu'une honteuse paix suive une guerre affreuse!
Qu'au moment de régner, une mort malheureuse
L'enleve avant le temps! Qu'il meure sans secours,
Et que son corps sanglant reste en proie aux vautours!
Voilà mon dernier vœu! Du courroux qui m'enflamme
Ainsi le dernier cri s'exhale avec mon ame.
Et toi, mon peuple, et toi, prends ton peuple en horreur;
Didon au lit de mort te légua sa fureur!
En tribut à ta reine offre un sang qu'elle abhorre!
C'est ainsi que mon ombre exige qu'on l'honore.
Sors de ma cendre, sors, prends la flamme et le fer,
Toi qui dois me venger des enfants de Teucer!
Que le peuple latin, que les fils de Carthage,
Opposés par les lieux, le soient plus par leur rage!
Que de leurs ports jaloux, que de leurs murs rivaux,
Soldats contre soldats, vaisseaux contre vaisseaux,
Courent ensanglanter et la mer et la terre!
Qu'une haine éternelle éternise la guerre!

• A peine elle achevait, que du glaive cruel
• Ses suivantes ont vu partir le coup mortel;
• Ont vu sur le bûcher la reine défaillante,
• Dans ses sanglantes mains l'épée encor fumante.

Desde la cúspide de *Birsa* se descubren las ruinas de Cartago, mas numerosas de lo que generalmente se cree; asemejanse á las de Esparta, que nada tienen bien conservado, pero que ocupan un espacio considerable. Las visité en febrero, en cuyo mes las higueras, los olivos y los algarrobos brotaban sus primeras hojas; y muchas angélicas de gran estension y muchos acantos formaban agradables bosquecillos de verdor entre las ruinas de mármol de todos colores. A lo lejos veía el istmo, un doble mar, unas islas distantes, una risueña campiña, unos lagos azules y unas montañas hermosas por agradables accidentes de luz y colorido; descubria los bosques, las naves, los acueductos, los pueblecillos morunos, las ermitas mahometanas, los minaretes y las casas blancas de Túnez. Millares de estorninos, reunidos en bandadas, y á manera de nublados, revoloteaban sobre mi cabeza. Rodeado de los mas gigantescos y tiernos recuerdos, pensaba en Dido, en Sofonisba, y en la heroica esposa de Asdrúbal; contemplaba las tendidas llanuras do yacen sepultadas las

poderosas legiones de Anibal, Escipion y César; mis ojos querian reconocer el sitio ocupado por Útica; ¡ah! los restos del palacio de Tiberio subsisten aun en Caprea, y búscase en vano en Útica el solar de la casa de Caton! Por último, los terribles vándalos y los ágiles moros pasaban alternativamente por mi memoria, que me presentaba como último cuadro á San Luis, espiando sobre las ruinas de Cartago. Quiero que la rellacion de la muerte de este príncipe termine mi *Itinerario*, pues me considero feliz regresando, digámoslo así, á mi patria, á través de un antiguo monumento de sus virtudes, y concluyendo en el sepulcro del rey de santa memoria esta larga peregrinacion á los sepulcros de los grandes hombres.

Cuando San Luis emprendió su segundo viaje allende el mar, no era ya jóven. Su valetudinaria salud no le permitia ni permanecer mucho tiempo á caballo, ni sostener el peso de una armadura; pero Luis, que nada había perdido del vigor de su espíritu, reunió en París los grandes del reino, y despues de trazarles el cuadro de las calamidades de la Palestina, les declaró que estaba resuelto á marchar al socorro de sus hermanos los cristianos. Al mismo tiempo recibió la cruz de manos del legado del papa y la entregó á sus tres hijos mayores.

Multitud de señores se cruzaron, á su imitacion; los reyes de Europa se prepararon á tomar la bandera. Carlos de Sicilia, Eduardo de Inglaterra, Gaston de Bearn y los reyes de Navarra y de Aragon. Las mujeres mostraron el mismo celo: la señora de Poitiers, la condesa de Bretaña, Yolanda de Borgoña, Juana de Tolosa, Isabel de Francia y Amicia de Courtenay, abandonaron la rueca que entonces manejaban las reinas, y siguieron á sus maridos al otro lado del mar.

San Luis hizo su testamento, dejando en él á Inés, la mas jóven de sus hijas diez mil francos de dote, y cuatro mil á la reina Margarita; nombró luego por regentes del reino á Mateo, abad de San Dionisio, y á Simon, señor de Nesle; despues de esto, fue á tomar la oriflama.

Esta bandera, que empieza á brillar en los ejércitos de la Francia en el reinado de Luis el Gordo, era un estandarte de seda pendiente de la estremidad de una lanza, de color de escarlata á manera de estandarte con tres puntas, y le rodeaban unos flecos de seda verde. En tiempo de paz se le depositaba en el altar de la abadía de San Dionisio, entre los sepulcros de los reyes, como para advertir que de raza en raza los franceses eran fieles á Dios, al príncipe y al honor. San Luis tomó esta bandera de mano del abad, que tal era la costumbre; recibió del mismo la escarcela (1) y el bordon (2) del peregrino, llamado en aquella época el *consuelo y la señal del viaje* (3); usanza tan antigua en la monarquía, que Carlomagno fue enterado con la escarcela de oro que acostumbraba llevar cuando iba á Italia.

Luis oró en el sepulcro de los mártires, y puso su reino bajo la proteccion del patrono de la Francia. Al dia siguiente de esta ceremonia se dirigió descalzo y acompañado de sus hijos desde el palacio de Justicia hasta la iglesia de Nuestra Señora. Aquella misma noche salió para Vincennes, donde se despidió de la reina Margarita, hermosa y buena reina, llena de gran sencillez, segun dice Roberto de Saincraux; hecho esto, abandonó para siempre aquellas añosas encinas, venerables testigos de su justicia y su virtud.

San Luis se embarcó en Aigues-Mortes el martes 1.º de julio de 1270. En el consejo del rey se debatieron tres pareceres, antes de darse á la vela: abordar en San Juan de Acre; atacar el Egipto, ó practicar un desembarco en Túnez. Por desgracia San Luis adoptó

(1) Un cinturón.

(2) Un báculo.

(3) *Solatia et indicia itineris.*